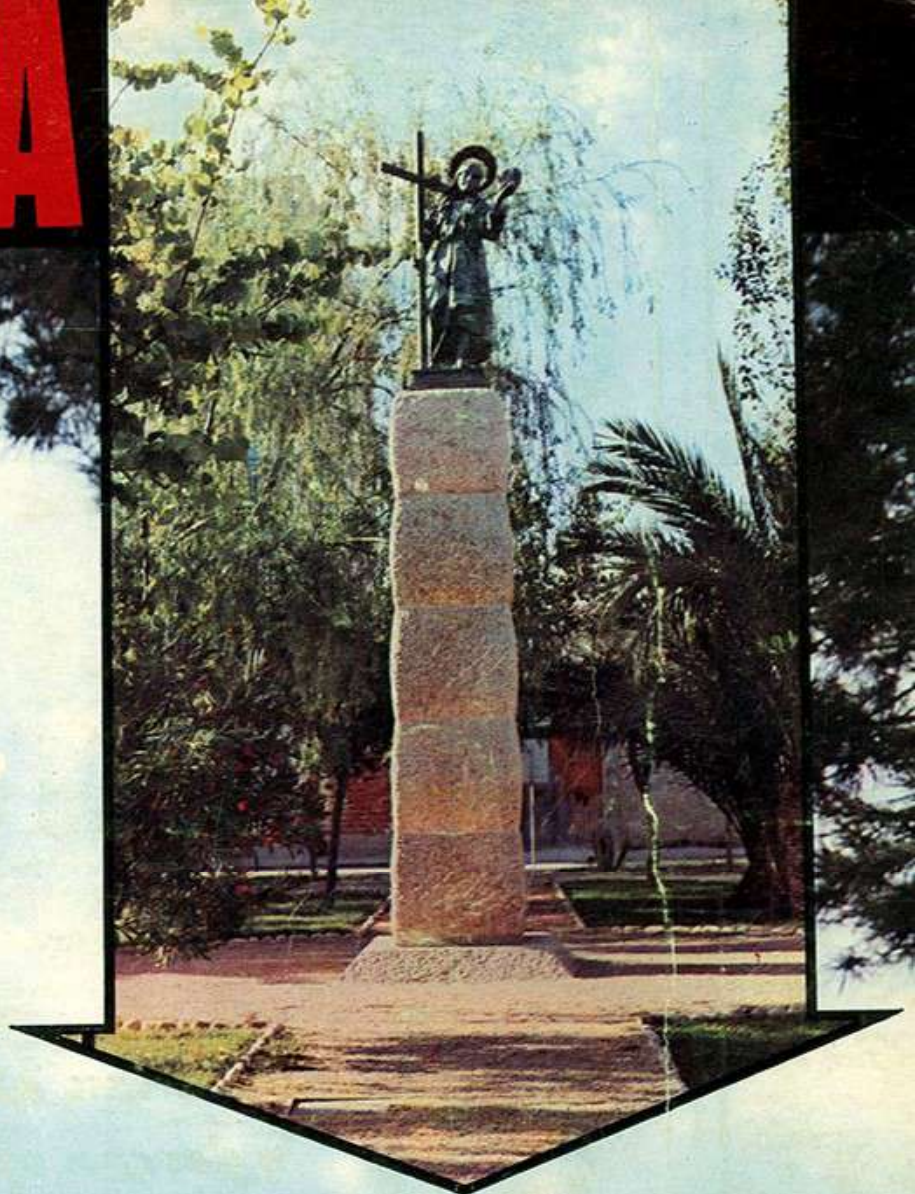


ETANIA



NOVELDA - julio 1969



Apuntes para la pequeña historia

Novelda y sus calles en el comienzo del siglo XVIII

Para llevarte, lector, de la mano por las calles de que se componía Novelda en el año 1700 y conocer los nombres de cada una, permíteme que de mi imaginación salte a la realidad un hortelano que está cultivando su bancale de huerta cerca de la Obería, esa casa antigua que hay a la izquierda conforme se baja de la carretera a los Baños. Viste como todos los labradores del pueblo: camisa despechugada y arremangada; calzoncillos blancos que le llegan más abajo de la rodilla; chaleco suelto; calcetas sin pie; alpargatas de esparto y, ciñéndole flojamente el cuerpo, una faja de lana por la que asoma medio pañuelo sucio de sudor y de tierra.

Por el camino Real de Madrid hace venir mi imaginación un carruaje tirado por cuatro caballos. Ya llega al vadén por el que se cruza el río Vinalopó. Hoy hay allí un puente. Los caballos, el agua a las corvas, entran en la corriente. El trecho es corto y pronto se gana la orilla. Allí el hortelano, azada al hombro, contempla la novedad del carruaje. El cochero hace parar los caballos a su frente y del vehículo descende un hombre: sombrero de ala ancha; jubón y pantalones grises; medias blancas y zapatos al uso con grandes hebillas. Habla castellano pero comprende perfectamente el valenciano. Pregunta por el Alcalde. El hortelano contesta: «soc jo». Le confía la misión que le trae y el hortelano le invita a seguirle. Entran en el pueblo a pie. El carruaje les sigue. Llegan a las primeras casas; es la calle de Cantó (Gran Capitán), a la mitad de la cual se halla la casa del hortelano. Ancha entrada para carro. A la izquierda el «canterer» con sus dos tinajas llenas de agua para el gasto y los panzudos cántaros colgando de estacas encima de aquéllas. En el centro, el carro de labranza; encima de

él dos arados. Al fondo una mesa de pino cubierta con mantel encarnado y tres sillas de madera de olivo con asientos de sogas trenzadas. El hortelano ofrece una al forastero y le ruega el favor de esperar hasta que cambie de ropa; luego irán al Ayuntamiento...

Ya está el Alcalde puesto de camisa nueva, abrochada; sus zaraguelles más blancos y almidonados, con sus puntillas al final de las perneras; su chaleco negro, de pana; sus calcetas limpias y sus alpargatas catalanas. Ciñe su sedosa faja festera y arrolla un pañuelo a su cuello; otro, anudado, le cubre la cabeza. Requiere su vara, un tallo alto, como de cinco pies, recto y fino. No es el signo de su autoridad sino el bastos al uso...

Alcalde y recién llegado se dirigen al Ayuntamiento donde el hortelano hace que el Escribano corrobore al forastero su cargo. «Ja podem parlar».

La guerra de Sucesión es un hecho. El Rey Don Felipe V quiere conocer con qué pueblos, ciudades y regiones cuenta. Sus reservas; las condiciones para su defensa y la leva que pueden darle. Esta es la misión del recién llegado y es interés primero del forastero conocer el pueblo. Baja con el Alcalde a la plaza Mayor y enfilan la calle del mismo nombre. Al final de ella está la senda del Bany que lleva por lo que hoy es calle de Mosén Esteban a la Era del Rey (Cruz de los Caídos). Las calles de Cantó, Mayor, de las Palmeras (Vázquez de Mella) y de las Parras (Espoz y Mina) dan a banales muy bien cultivados, plantados de hortalizas, alfalfas y algunos frutales. Ninguna de ellas tiene portillo ni puerta que la separe del campo. Aún no se han trazado las calles que luego se denominarían Méndez Núñez y Daoiz y Velarde; todo aque-

llo son huertas. Bajan por la calle de las Palmeras, dejan atrás un callejón sin salida (hoy calle Bailén) y llegan a la plaza de la Cruz; desde allí, a Poniente, contemplan la calle Posica (Tradición) que termina en huertos (aún no existe nada del Barrio de la Illa). Pasada la plaza de la Cruz siguen por la calle de Caballeros (San José); se observa que ésta sólo tiene un portillo a Poniente que da a huertos y continúa al Mediodía algo más para llegar a nuevos huertos (hoy José Antonio). Casi al final de dicha calle tuercen a Levante y entran en la calle de la Bodega (Agustina de Aragón), donde tiene su bodega y granero el señor de la Villa, el Marqués de La Romana, llegando a la plazuela también llamada de la Bodega (cruce de Pelayo con la de Agustina de Aragón); siguen al Sur por el callejón de Chacón (Pelayo) llegando al portal del señor San Roque (principio de la calle José Antonio). Atraviesan la plazuela del señor San Roque, que está junto al Portal y penetran en la plazuela de Ximeno (San Pascual); siguen por el callejón que baja de la Iglesia alcanzando la Casa-Abadía; al lado de ella está el Palacio del Marqués y enfrente la Iglesia de San Pedro. Tuercen a la izquierda y siguen la calle del Hospital (Jorge Juan) no sin antes detenerse un instante en la plazuela del señor San Felipe Neri. Mediada la calle del Hospital tuercen hacia la de San Diego hasta alcanzar la próxima del Salitre (Calderón de la Barca). Girando ahora hacia la derecha y siguiendo esta calle hallan la plazuela de los Santos Médicos. Dejando atrás la calle de la Virgen de los Desamparados (Santa Cecilia), rodean la Iglesia de San Pedro llegando al Cantó del Delme (Delme-Diezmo) y de allí, por la calle Mayor, de nuevo al Ayuntamiento.

No ha sido largo el recorrido, pero el Alcalde pregunta al forastero si desea descansar. El calor de julio, que no era otro el mes en que esto sucedía, si bien el atardecer se aproximaba, hizo que el enviado aceptase la invitación. Un vaso de agua de nieve y unas uvas tempranas vinieron al pelo.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando, para poder aprovechar las últimas luces del día en su recorrido, emprendieron de nuevo la marcha. Entonces fue la calle del Carril (Sirera y Dara) la que transitaron hasta su final. De ella y por el Camino Real (hoy calle General Mola) entraron en la Empedrada (Francisco Santo) y al llegar a la calle Honda (San Isidro) tomaron por ella para entrarse desde allí en la de Servellera (San Pedro), plazuela de Servellera y llegar al Ravalet (Purísima) desde donde continuaba el camino a Monforte y Elche. Ninguna de estas calles, al llegar a su final daban con portillo o puerta; la salida al campo estaba despejada, lo que hizo ver al visitante que Novelda no era un pueblo dispuesto para la defensa. Ello dio lugar, quizás a que en la Guerra de Sucesión que pronto se encendió, Novelda no sufriese el asedio ni la destrucción que otras villas padecieron, como la de Játiva: encastilladas, asediadas y destruidas.

Este era el pueblo: a Levante desembocaban las calles del Carril, Empedrada y Ravalet; al Norte, las de Cantó, Mayor, de las Parras y de las Palmeras; a Poniente, la de Posica y el portal de San Roque; y al Sur, la de Caballeros y la de Servellera. Ni más ni menos.

Y como la noche se echase encima como quien dice, dispuso el Alcalde, con la venia del forastero, dar por terminado el recorrido; la vuelta a la casa y en ella la cena y albergue del enviado, quien se relamió con los tomates y pimientos, las legumbres con carne y el pedazo de tocino salado con que terminó su apetito, todo rociado de buen vino amén de la consabida colación de dulces y pastas con que se acostumbraba a festejar y obsequiar a los huéspedes.

La cama de hierro con sus cuatro cojines, sus sábanas blancas y su cobertor encarnado recibió el cansancio del enviado y su cuerpo dispuso el reposo para otro día...

JOSE CREMADES
CRONISTA DE LA CIUDAD